**Lecturas del no-todo (3)**

**Por Emilio Gomez Barroso**

Desde tiempo inmemorial, desde su fundación, la Escuela Abierta de Psicoanálisis se fundamenta en un especie de máxima sostenida por Lacan que dice que el sujeto de lo individual no es otra cosa que el sujeto de lo social, es decir, que nuestra parte más íntima también se conjuga con lo que va sucediendo en nuestra época. Ya mis compañeras han hablado de cuestiones que desde lo social se introducen en lo íntimo, ya hay hechos constatables, llevamos desde hace tiempo en nuestro estómago e incluso en el ADN de los llegados esas partículas que flotan en la mar que son restos del exceso de nuestra vida diaria, de la naturaleza envuelta en la apariencia que tanto privilegia nuestro sistema.

También salimos de una época difícil – o aún no- que nos ha tenido confinados de una manera inesperada y que nos ha volcado hacia un solipsismo inusitado. Estos tiempos de retroceso nos llevan a épocas que no esperábamos refugiados, como estábamos, en esa sensación de progreso que nos ha vendido y vende muy bien este sistema.

Entro en materia con el No-Todo.

En la época de Pericles donde ya se debatía toda una panoplia de libertades, una legislación progresista para los ciudadanos atenienses de repente aparece un peste, una peste que inunda la ciudad y que se extiende cada vez más, de la que tenemos constancia por el texto de Edipo rey de Sófocles.

Entremos en la lógica:

“Todo hombre es mortal, Sócrates es hombre, luego Sócrates es mortal”, un silogismo categórico, dirían muchos “donde los haya”, si nos volvemos marxistas o grouchianos diríamos: “Dios ha muerto, Marx ha muerto y yo mismo no me encuentro muy bien en este momento”. De cualquier manera, ese universal que muestra la esencia del hombre como animal mortal es eso, podríamos decir que esencia, sin embargo, extrapolando eso a la cotidianeidad, a la existencia, tiene que venir una peste, tiene que venir el COVID, SARS-2, etc., para hacernos sentir vulnerables, para que encajemos uno a uno en ese todos los hombres son mortales - a veces no todos, eso lo sabemos-.

Por otra parte, ese resto de encuentro con lo real, lo sorpresivo, se pierde de alguna forma cuando uno abandona por ejemplo, la calle, ya no se encuentra uno con ese amigo que no esperaba ver, y que sin esperarlo, se arma una conversación que nos ilumina un buen tiempo.

Pertenezco a una época en la que no se nos caía de la boca la palabra libertad, para nosotros era libertad de los presos políticos, incluso comunes, que habían sido encarcelados bajo las leyes opresivas de la dictadura franquista, también meto los comunes pues bajo esa legislación era más grave robar una gallina que apropiarse de las propiedades de los orillados por el régimen de Franco, el régimen legitimaba el robo de las propiedades de los no adeptos. Sin embargo, por efectos metonímicos esa palabra, libertad, ha ido ocupando otras derivas, libertad de mercado, libertad de resistirse a la democracia, libertad de resistirse a la cercenación de caprichos -yates incluidos-, libertad de responder al miedo, incluso libertad de negar la muerte de muchos. La ultraderecha ocupó las calles lavándose la cara con jabón “libertad”. En eso estamos, una mano ganada, no muy diferente a la reacción con la peste de Atenas, la libertad arrebatada.

En Radiofonía y televisión le preguntan a Lacan qué es la libertad para el psicoanálisis, y responde yo nunca hablo de libertad, o también la única libertad posible con respecto a la cárcel del lenguaje es la locura. Interesante tema.

El mundo se ha vuelto loco, o como diría Hamlet, el mundo está fuera de quicio, y proseguía, oh suerte maldita que he tenido que venir yo para remediarlo.

Vayamos por partes:

Hay un mito, cuya explicación debo a mi amigo Jorge Cano, y que plasmábamos en el primer Dossier de pandemias de Letrahora\*, que habla del reparto de facultades entre los distintos animales: al león la fuerza, a los elefantes la memoria, etc., en ese reparto al hombre le toca muy poco, apenas un ser débil, incluso con una piel muy fina, una piel que siente frío y a veces mucho calor, pero se le otorga la capacidad de desarrollar una segunda piel, una industria del tejido, incluso de arrebato de la piel a otros animales como el oso, el cordero y hasta el lobo.

A veces el hombre se convierte en un ser temible por su debilidad. Por eso no deja de ser ominoso la proclama de la libertad de posesión de armas desde la ultraderecha para un ser que no se sabe bien a veces a qué tiene miedo, que no alcanza a comprender el calado de sus fobias.

El hombre siente miedo por esa especie de fragmentación original que es su cuerpo hasta que se le devuelve una imagen completa del mismo, lo simbólico subyugante- a veces-. Sin embargo, todas las formas de restitución de un mundo sin miedo, de un mundo sin temor tienen ese tinte hamletiano, nunca es demasiado satisfactorio, nunca concluye en una plenitud, ni siquiera para los más ricos o los que se enconden detrás de las cortinas intentando ser simples testigos de la locura.

Hay un poeta español, Ángel González, que escribió una serie de poemas que se titula égloga a Heráclito, en uno de ellos dice:

“Nadie se mete dos veces en un mismo río, excepto los muy pobres”

“Los más dialécticos, los multimillonarios:
nunca se bañan dos veces en el mismo
traje de baño”

Luego lo transcribe al chino:

“Nadie se mete dos veces en un mismo lío, excepto los marxistas-leninistas”

En fin, un guiño irónico para una secuencia extraña.

Es Lacan quien nos regala un modo de sustracción de esta idea totalitaria en la que se transformó el neoaristotelismo a raíz de la Edad Media mediante la transmisión de una cultura universitaria oculta en los monasterios que desvió los ríos de la razón hacia la desembocadura de un dios único y trino. Un desvío que finalmente se vuelve instrumentalista y excluyente de todo un modo de hacer humano. Es por eso por lo que Lacan, en uno de sus textos menos aristotélicos “L´etourdit”, pone a dialogar a Aristóteles y Demócrito cuestionando esa reducción de los universales oponiendo una negación que ya había aparecido en Homero el med-hen (no uno) que es una partición significante, que nos pone sobre la pista de un pasajero clandestino inserto en la razón, el dicho loco.

Lacan muestra que una teoría no totalitaria como la teoría de los discursos conviene de alguna manera a la mujer. En esa teoría ya la verdad, no está en el seno de por una razón instrumental, sino que se convierte en resto de la operación de discurso, no es una verdad total, sino en tanto en cuando no-toda.

Así, no se pueden leer desde una lógica tradicional cuestiones que tienen que ver con el placer, con ese más allá que se resta de la totalidad de un saber que aspira a leer todo orillando lo que no le sirve o lo que no tiene formas definidas, incluida la mujer y el goce como más allá del placer.

Dicho esto comienza a tomar forma ese axioma lacaniano que dice: “No hay relación sexual”, es decir, tanto hombre como mujer no serían complementarios, sino que tienen formas diferentes de insertarse y restarse en la razón fálica, uno como afirmación y otro como negación.

Quedaría así formado el cuadro lógico de la sexuación:

Del lado masculino:

Para todo X rige la ley fálica y la excepción en el existencial, existe un X para el que no rige la ley fálica.

Del lado femenino:

No para todo X rige la ley fálica (como excepción), y no existe un X para el que no rija la ley fálica.

Lo uno en Lacan posibilita un aspecto sumatorio: “Hay del uno”, pasando a representarse como rasgo unario, como palitos sumados de una operación.

¿Por qué entonces este diálogo entre Aristóteles y Demócrito?

Para Aristóteles lo uno, “hen” aglutina todas las fuerzas que confluyen en el Ser “onto”, y si hubiera algún elemento de contradicción eso no sería posible, es decir, está el universal afirmativo y el negativo el oudhen (ni siquiera uno), que no se pueden dar a la vez por un principio de exclusión, sin embargo, existe una negación ya en el mundo griego no tan gramatical, sino más literaria, como que se desliza a cierta semántica, cierto sentimiento, es el med-hen, que equivaldría a la nada o todo salvo uno, según Bárbara Cassim (filóloga), por una partición significante ese med-hen, quedaría soldado formando me-den, menos que nada, que ya no se refiere a lo uno, sino al cuerpo.

Voy a aclarar un poco esto. ¿Por qué el cuerpo?, para Demócrito ese den, esa invención significante el cuerpo, en contraposición al vacío, el hay o no hay en el espacio. Ese cuerpo es un cuerpo ya significante, para nosotros colonizado por el lenguaje.

Por tanto, no es un cuerpo cualquiera, sino el cuerpo sutil. Alguna compañera me comentó que la primera vez que había escuchado hablar de cuerpo sutil había sido de boca de José León Slimobich Pogarelsky, una gran pérdida para nosotros el año pasado. A lo largo de toda nuestra trayectoria como Escuela José León nos regaló un arduo trabajo sobre el modo de leer este cuerpo sutil, este cuerpo atravesado por el lenguaje. Defendió su Paradigma y el nuestro, del leer “*hay una lectura en la palabra y texto y lector se producen al unísono*”, es una lectura ágrafa que nada le debe a la historia y a sus hitos épicos, una lectura que no persigue la fascinación ni el prestigio, pero que permite muy bien al que se le devuelve ubicar el campo significante que lo involucra como sujeto.

El material de esa lectura está hecho de desapropiación de cualquier sentido previo y permite un deslizamiento al cuerpo del lenguaje para la construcción sin a priori del poema del deseo.

 <http://letrahora.com/dosier-revista-jornadas-cuerpo-y-pandemias-2022/>